

LA TRAVESÍA DEL QUITA-PENAS DE ADRA (ALMERÍA A ORÁN).

Extraído de: José Pita Armada: *EN LA CORRIENTE INCONTROLABLE DE LA GUERRA. Memorias de un Exiliado Republicano Español*. José Pita Armada (Nueva edición, corregida, editada y ampliada. Amazon, 2020-2021).

“Teresita se apretó a mí cuerpo sollozando. Yo, soltándome, desgarrándome y alejándome, le dije que la quería. Respiré profundamente y miré a la fábrica por última vez. Los dos años intensos en Adra pasaron por mi mente como una película. Mi hermano había tomado mi maleta y se encaminaba al camión. En los bandazos de la salida del camión, para poder subir me agarré de las piernas de mis compañeros, y brinqué. Yo era el último en subir, el camión estaba tan lleno que todos teníamos que estar de pie. Cuando el camión comenzó a avanzar hacia la carretera, mantuve mis ojos cerrados para que la imagen de Teresita no se escapaba de mi mente; la veía tan clara como en un día de sol. Abrí los ojos y vi la carretera oscura, iluminada por los faros del vehículo, mostrando las copas de los árboles que formaban una bóveda cerrada, como pasando bajo un túnel. A los cinco minutos, el camión dio un brusco giro a la derecha, en dirección a la playa, por un camino que producía bandazos bruscos, arrancándonos de nuestros pensamientos prendidos a los seres que dejábamos atrás. Llegamos a la playa en quince minutos. Había una visibilidad de diez metros, pasados éstos la oscuridad era casi absoluta.

Saltamos del camión y comenzamos a correr hacia la orilla con nuestras maletas, víveres y agua. Pudimos ver al Quita Penas en la orilla con la proa hacia tierra. Dos remeros la trataban de equilibrar y mantener en posición para que no se enterrara en la arena. Habían transcurrido cuatro minutos cuando comenzó el tableteo de ametralladoras. ¡Nos atacaban! Iluminadas por la fricción, las balas, como lucecitas fugaces, trazaban su trayectoria muy cerca sobre la cubierta del barco. Se produjo pánico y cinco compañeros se dispersaron, corriendo a gatas por la playa, en un intento desesperado de protegerse de las balas. Los carabineros de vigilancia de costa disparaban escondidos detrás de un zarzal a 40 metros del barco. Era como si ellos hubieran descubierto una invasión del enemigo. Habían subido al barco casi todos nuestros compañeros pero mi hermano Manolo, Antonio Vargas y yo, permanecíamos en la orilla para intentar cargar los víveres y agua. Percibí el peligro y tomé a mi hermano Manolo, sin advertirle, y lo lancé por encima de la borda. Los remeros ya hacían esfuerzos para desatracar de la playa al barco, empujando hacia atrás la embarcación con los remos. Fui a buscar la maleta de mi hermano y mía y las tiré sobre la borda. Con el agua hasta las rodillas, quedé colgado de la tapa regala del 2 barco en marcha. Dos compañeros de cubierta tiraron por mí y me vi a salvo otra vez más. Si hubiese vacilado sólo segundos, mi hermano y yo habríamos quedado en la playa y nuestro escape habría fracasado. Tirado sobre cubierta, aún continuaba funcionando las ametralladoras, proyectando los trazos luminosos de las balas

que iban a apagarse en el mar. Era esa nuestra tercera huida de España, el último escape de esta desventurada tierra mía, sedienta de sangre. Seguía el fuego en abanico que proyectaba la ametralladora a dos metros de altura sobre la cubierta de la embarcación. Si el carabinero de la Defensa de Costa hubiese bajado un par de milímetros el punto de mira de la ametralladora, abatiría a los que estábamos en cubierta. Nuestro barco comenzó a marchar a todo motor hacia atrás, girando y alejándose de la playa. Se silenciaron las ametralladoras cuando ya estábamos a unos 80 metros de la orilla. El peligro había desaparecido.

El Mediterráneo, el «Mare Nostrum», nos tendía su azul alfombra líquida en nuestro camino hacia la libertad. Los víveres y el agua quedaron en la playa. Tendríamos que sufrir sed y hambre. Pero sin comida se puede vivir treinta o cuarenta días; sin agua, sólo cinco o seis. Llegaríamos a Orán en unas 36 a 40 horas, podríamos sobrevivir el hambre y la sed. Me metí en la bodega con mi hermano, la que en faenas de pesca, suele usarse para almacenar el pescado de la captura del día, pero estaba limpia y no tenía el olor nauseabundo de la bodega del *Arkale*, cuando huimos para Francia. Para no consumir energía ni producir deshidratación, me acomodé sobre las tablas de la sentina para dormir. Saqué ropa de la maleta y la puse de almohada. Tenía hambre porque en la preparación de la huida y mi última conversación de despedida con Teresita, no se me ocurrió comer. Mi última comida había sido a la una de la tarde en un restaurante de Almería. A cargo del barco iban Diego Ibáñez y Antonio Vargas, hombres de la más absoluta confianza, y conocedores del mar por el que navegábamos. Eran avezados pescadores y eso me daba confort. A pesar de la agitación de la huida y el estrés de tres años de guerra, pude conciliar un sueño agradable. Siempre hay una parte del cerebro que reserva espacio para recordar lo bueno, y nos salva de lo trágico.

Navegamos sin luces durante cincuenta millas, zona vigilada por las patrullas marítimas de costa del gobierno republicano y otros barcos piratas de los franquistas. Después de dormir toda la noche con el mar en calma, mis nervios descansaron. Pensaba en cámara lenta y todo parecía tener su verdadera dimensión. Nada se agitaba a mi alrededor. Teresita y mi hija, acudieron a mi memoria, pero estaban al otro lado del mar. Me sentía a salvo, ya no tendría que tomar precauciones para una próxima huida, como cuando en Cariño andaba corriendo para esconderme de la Guardia Civil, y todas las huidas hacia territorio republicano mientras los franquistas nos pisaban los talones. Ahora tenía la necesidad acuciante de descanso para mi propia sobrevivencia. A la mañana siguiente, al amanecer, me senté en cubierta y miré hacia España, mi tierra, ya desapareciendo en la distancia. Mi mente hervía con imágenes de la despedida de Teresita y el escape. La guerra había marcado mi cuerpo, mente, corazón y alma. Eran cicatrices para siempre. No quise contemplar más a España, la que se había convertido en un llano de sangre. Tres años antes había abandonado a Cariño, el pueblo que amaba y que también me limitaba. Ahora, escondido en un barco pesquero en rumbo otra vez hacia el exilio, mi futuro seguía incierto. Tanto había pasado, tanto se había grabado en mi alma que tomaría el resto de mi vida para entenderlo y para contarlo mil veces. Me viene a la

mente el poema de Blas de Otero, escrito varios años después de la contienda. Aún hoy sostienen mi indignación:

*“¿Callaremos ahora para llorar después?
Mis ojos hablarían
si mis labios enmudecieran.
Ciego quedaría, y mi mano derecha
seguiría hablando, hablando, hablando.
Debo decir «He visto.» Y me lo callo
apretando los ojos. Juraría
que no, que no lo he visto. Y mentiría
hablando, hablando, hablando.
Pero debo callar y callar tanto,
hay tanto que decir, que cerraría
los ojos y estaría todo el día
hablando, hablando, hablando
Dios me libre de ver lo que está claro.
Ah, qué tristeza. Me cercenaría
las manos. Y mi sangre seguiría
hablando, hablando, hablando”.*

Después de la quietud de la noche y un amanecer tranquilo, el Quita Penas comenzaba a dar bandazos, como en mar atravesado, moviéndose en el agua como una cáscara de nuez. De nuevo en la bodega, mis costillas me dolían porque entre ellas y las tablas del panel que cubría la sentina, no había más colchoneta que mi camiseta, camisa y chaqueta ligera, las tres juntas no amortiguaba nada. Todo mi cuerpo descansaba sobre los extremos más salientes de mis huesos. Debí sentarme contra el interior del casco, entre las costillas del barco, mientras capeábamos un temporal. Tenía hambre y sed pero no debía pensarlo. A media mañana nos encontramos con la “República”, el barco que nos traicionó zarpando sin nosotros y provocando nuestra salida anticipada desde la playa en Adra. Su motor estaba averiado, y su motorista trataba de arreglarlo. Al “Campesino”, al que la prensa le llamaba héroe, no le sirvió de nada abandonarnos para salvar su pellejo sin importarle un ápice el nuestro. Ahora se veía en la necesidad de pedirnos ayuda, y se la proporcionamos. Mientras los dos motoristas arreglaban su embarcación, se pasó a la nuestra, amarrada a la de él. Nadie le reprochó, lo considerábamos un hombre en desgracia por su cobarde conducta de la tarde anterior. Le observé directamente a la cara para ver si encontraba en su mirada algún signo de héroe, pero no dirigió sus ojos a los míos; lo único que percibí fueron huellas de humillación en su mirada indirecta y apagada. Lo percibí como a un héroe desintegrado cuya última acción de guerra fue traicionar y el huir en pánico. El Campesino había huido de Valencia, en donde se encontraban miles de oficiales del ejército republicano en derrota, esperando escapar para Inglaterra. El Gobierno de Negrín y posteriormente el de Casado, habían intentado una paz con Franco tratando de negociar con el gobierno inglés, el envío de todo barco mercante disponible por las cercanías de Valencia para la evacuación de militares, si Inglaterra los recibía. Se reunieron decenas de barcos frente al puerto y playas de Valencia, pero la operación fracasó por negativa rotunda de los ingleses a aceptar

españoles. Cuando los barcos salvadores se retiraron, el caos cundió, produciéndose cientos de suicidios de oficiales, antes de que fueran masacrados por las fuerzas de la división italiana que atacaba a Valencia¹. En tal caótica situación, El Campesino, invadido de miedo, huyó de esa agónica espera, temiendo que lo tomaran prisionero las fuerzas de Casado. Arrancó con su grupo para Adra y así escapó, en la goleta *República*, sin respetar nuestros planes de colaboración. Después de arreglado el motor, nos siguieron por el mismo lado que se había amarrado a nuestro barco. Poco después se fueron distanciando y los perdimos de vista. Por la tarde dos aviones chicos, posiblemente de reconocimiento, sobrevolaron el Quita Penas. Suponiendo que podrían ser aviones de la base española de Melilla, en pánico todos bajamos a la bodega. Sólo quedaron en cubierta Diego Ibáñez y Antonio Vargas, simulando faenas de pesca. Si descubriesen que éramos evadidos de Adra, nos habrían obligado a dirigirnos al puerto de Melilla que estaba bajo el control de Franco a sólo cuarenta kilómetros de la frontera con Argelia francesa. Después de retirarse los aviones, los vimos aparecer nuevo haciendo una segunda vuelta, posiblemente para cerciorarse de si nuestro barco era un barco de pesca. Anochece y, con mis espaldas no tan adoloridas, volví a acostarme, ya con menos miedo porque suponíamos que íbamos a amanecer frente a la costa de Argelia.

Y así fue. Ya estábamos fuera del alcance de las siniestras garras de Franco. Ahora, como se lo había dicho al comandante Bellido en su oficina de la Comandancia de Almería, no iban a pescarme las fuerzas fascistas. El Mediterráneo, me ofrecía el camino a la libertad, y yo lo tomaba. Consideraba que caer en manos de Franco era mucho peor que ser atrapado en las mandíbulas de un tiburón, porque éste resuelve tu suerte en segundos con un par de dentelladas, pero Franco haría que mi agonía durase al máximo antes de sufrir mi trance final. Desperté, el día 12 de marzo de 1939, frente a la costa de Argelia. El sol resplandecía en el cielo por levante y comenzaba a formar un medio círculo rosa azulado en el horizonte. Diez segundos después, el disco relumbrante, partido por la mitad, brillaba como un diamante sobre nuestras caras. Me parecía que se levantaba para recibirnos frente a Orán y darnos su bienvenida y socorro. En el barco los niños lloraban, enfermos por la sed y el hambre, Diego Ibáñez entre ellos, había embarcado a su mujer, hermana y todos sus hijos. Yo como todos, sin comida ni agua y sin poder tragar saliva, en mi paladar se había formado una costra salobre y la sed que sentía era inimaginable. Ya estábamos a solo tres millas del puerto cuando un enjambre de embarcaciones, que retornaban de sus faenas pesqueras, nos rodearon. Me recordó cuando legamos al puerto francés St. Nazaire, tres años atrás, después de huir a Francia, en julio de 1936, cuando embarcaciones francesas rodearon el *Arkale*. Le dijimos a los pescadores argelinos que no teníamos agua ni alimentos e inmediatamente los pescadores de esos botes acudieron trayendo una abundancia de comida y agua. Me lancé a una botella de agua de Vichy y bebí de un tiro casi toda la botella. Comí de a poco y lentamente los emparedados que los pescadores nos daban, felices de aplacarnos el hambre y la sed. Tenía el estómago delicado y sabía que era peligroso comer mucho. ¡Oh, cuánto daría por

¹ Debemos advertir del probable error del autor al confundir los dramáticos sucesos del final de la guerra en el puerto de Alicante con Valencia.

un plato de sopa de mariscos! Una lancha de la policía marítima nos dirigió hacia el puerto y atracamos en un malecón lleno de gente y unos aduaneros. Como en Saint Nazaire, al desembarcar en el malecón, los 5 periodistas nos acosaron disparando preguntas sobre la situación española. La policía hizo retroceder a los curiosos”.